

Crítica social en las coplas populares

Gonzalo Ortega Aragón

Introducción

En una sociedad sin imprenta y con una baja base cultural, los romances, los decires, los refranes, las consejas y las coplas se transmiten entre las gentes del pueblo oralmente. Serán, pues, los juglares los transmisores no sólo de las historias de amor o de guerra, de leyendas y fábulas, sino de ciertas críticas a la sociedad, de una filosofía social, de una sabiduría casi siempre empírica. Serán, por tanto, los romances populares las fuentes iniciales de esas coplas que el pueblo asimila, adapta o reinventa.

El pueblo llano va adoptando una serie de coplas para sus actividades laborales o de ocio. Así se agrupan las canciones o coplas amorosas, que se utilizan en las rondas; las coplas para cantar en las labores domésticas de las mujeres, de muy variado temario; las coplas que se cantan en las faenas del campo, también de muy diversa temática; en fin, coplas que recitan o cantan los niños y las niñas en sus juegos infantiles, casi siempre con plena inocencia de contenidos.

Con la popularización de la literatura culta, de ella irá recogiendo el pueblo otra serie de coplas. Incluso los latines litúrgicos serán base para otros decires popularizados. Hay que recordar que buena parte de la literatura medieval está escrita en forma de coplas, de sentencias y críticas versificadas en pequeñas estrofas. Recordemos a nuestros Rabí Dom Sem Tob, Gómez Manrique, Jorge Manrique y el Marqués de Santillana, con sus obras moralizantes; recordemos los gracias versificadas del amor cortés. Y recordemos una serie de autores que escribieron intencionadamente sus coplas o composiciones poéticas de mayor altura con una intención crítica o de consideraciones sociales: Gonzalo de Berceo, Juan Ruiz, más conocido como El Arcipreste de Hita, el Canciller Pedro López de Ayala, Alfonso Álvarez de Villasandino, Ferrán Sánchez de Talavera, Fernán Pérez de Guzmán, Juan de Mena, Juan del Encina y tantos otros. Además de muy famosos poemas anónimos, entre los que habría que señalar por su dureza crítica a las *Coplas de la panadera*, las *Coplas de Mingo Revulgo* y las *Coplas del Provincial*.

En las *Coplas de la Panadera* se hace glosa de la batalla que disputó el rey Juan II de Castilla contra los Infantes de Aragón y otros grandes y nobles de Castilla, cerca de Olmedo, en 1445. Pues bien, no salen muy bien parados en esas coplas algunos de los más encumbrados nobles de nuestra tierra, a los que quizá el tópico histórico tiene como gente valiente, que acudía a la guerra con valor e ilusión. Pero parece ser que no eran tan bravos como se los pinta, a decir de estas coplas. Por ejemplo, al contar el comportamiento en esa batalla de don Rodrigo Manrique, señor de Paredes de Nava y Comendador de la Orden de Santiago, dicen las coplas:

*Con lengua brava y parlera
y el corazón de alfeñique,
el comendador Manrique
escogió bestia ligera
y dio tan gran correndera
fuyendo muy a deshora
que seis leguas en una hora
dejó tras sí la barrera.*

No mejor parado sale don Pedro de Acuña, conde de Buendía y señor de Dueñas, del que dicen las coplas que:

*Diciendo; “¡Guarda, Herrera!”,
bullendo como garduña
asomó Pedro de Acuña
con una falsa grupera,
mas la su lanza lardera,
pintada, garrida, ufana,
a Dueñas volvió tan sana
cual salió de la lancera.*

Terribles críticas las vertidas en las *Coplas del Provincial*, que no dejan títere con cabeza. Por ejemplo, vean lo que dicen esas estrofas de Álvaro Pérez de Orozco, uno de los personajes encumbrados a las altas dignidades del Estado por Enrique IV, a pesar de ser de origen judío:

*A ti, fraile bujarrón,
 Álvaro Pérez Orozco,
 por ser de los de Faraón
 en la nariz te conozco,
 y es tan grande que me asombra
 y a los diablos del infierno,
 que hace en el verano sombra
 y rabos hace en invierno.*

Evolución

Con la llegada y la generalización de la imprenta, se extiende y adensa ampliamente la geografía de las coplas, ya al alcance de todos los ciudadanos. Además de las fuentes medievales, el arsenal coplero dispone de muchas más estancias, desde la literatura culta a las manifestaciones de una literatura semiculta o de consumo lúdico, localista o festivo. El pueblo va a espigar o adoptar coplas de los versos de las comedias de Lope de Vega y Calderón de la Barca, por ejemplo; o de las rimas de Bécquer o de las doloras de Campoamor o, más cercanamente, de los cancioneros de Antonio Machado.

No es cierto, al menos en buena parte, que las coplas populares nazcan del pueblo, por la sencilla razón de que, como veremos más adelante, esas coplas tienen una forma versificada culta. No ha estado el pueblo preparado culturalmente como para dar a luz esas composiciones exquisitas tanto en forma como en fondo. Es posible que algunas de las coplas que han llegado hasta nosotros hayan nacido de la inspiración o de la espontaneidad del pueblo, pero aun en estos casos lo más seguro es que las composiciones se deban a algún elemento culto o semiculto, que elaboraría sus coplas para ciertas celebraciones. Recuérdese, por ejemplo, la costumbre de nuestros pueblos de recitar coplas satíricas en las celebraciones de San Antón o de San Sebastián, mientras se hacían alardes con caballos y mulillas. Esas coplas festivas solían hacerlas algunas personas digamos cultivadas, diestras en la métrica y no exentas de innegable ingenio. A esas personas se recurría y a repertorios copleros generales y conocidos recurrían esos compositores, que repetían coplas, las adaptaban a sus circunstancias locales o las rehacían para sus fines críticos.

Hay que anotar también el surgimiento de las coplas regionales, utilizadas en determinados usos de la propia tierra: las jotas de diversos espacios geográficos, el llamado cante jondo de Andalucía, las cantigas gallegas, los cantos de mar de las zonas costeras, los llamados picayos cántabros, las rondas también de varia-

das comarcas. Al conjunto habría que añadir las coplas y coplillas de alcance provincial y local, unas veces encorsetadas en sus territorios y otras veces expandidas por los asistentes a las fiestas o por grupos propagadores del folklore.

Formatos

Las coplas populares se configuran generalmente en forma de composiciones de cuatro versos octosílabos, con rima asonante, y a veces consonante, en los versos impares. Es el formato literario más corriente, como luego veremos en los repertorios recordados en este trabajo.

No son infrecuentes las coplas en forma de seguidilla, es decir de cuatro versos no iguales pero simétricos, el primero y el tercero heptásílabos y el segundo y el cuarto pentasílabos, también con los impares de rima asonante o consonante. Este tipo de coplas las hace más delgadas, más comprimidas y de mayor efectismo; y se acoplan mejor para el cante.

Veamos algunos ejemplos, muy populares:

*Al alma del negocio
va todo el mundo;
al negocio del alma
no va ninguno.*

*Para asistir a misa
estoy muy cojo:
para ir a la taberna,
poquito a poco.*

A veces las coplas se adelgazan en versos hexasílabos, también con rima en los impares. Por la mayor brevedad del enunciado, este formato da a las coplillas una mayor concentración de ideas y una más rápida explosión de su intencionalidad crítica o simplemente de sus agudeza humorística. Como en el caso de:

*Qué palos les dimos
ellos a nosotros.
Ellos eran muchos,
y nosotros pocos.*

Y, en fin, hay que recordar también las coplas de pie quebrado, con muy diversas medidas en sus versos enteros y en sus quiebros. Sólo hace falta aludir a las famosísimas Coplas de Jorge Manrique a la muerte de su padre, formato que era muy corriente en los autores de su tiempo.

La crítica social

Centrándonos en el tema central del trabajo, es muy frecuente la crítica social en las coplas de siempre. Buena parte de ellas nacen como tales consideraciones, otras sacan sus filosofías del argumento o del tema tratado. Lógicamente, tanto las coplas de autores cultos como las nacidas de eruditos o espontáneos del pueblo basan sus críticas en las experiencias vitales de la sociedad de su época y de su entorno. Por eso hay que saber contextualizar las letrillas en tiempo y lugar.

Pero, aun teniendo en cuenta ese contexto, muchas de las coplas populares siguen teniendo su valor crítico, por la sencilla razón de que la condición humana no ha cambiado en muchos aspectos. En otros casos, el lector tiene que trasladar el sentido crítico a su tiempo, sustituyendo mentalmente los protagonistas de las coplas por otros modernos con equivalencias de actividades y comportamientos. Y veamos algunos de esos sectores criticados, con ejemplos que aún no sólo pueden leerse en repertorios copleros sino que incluso pueden oírse en conversaciones normales o en intervenciones orales en las que las coplas tienen un valor gráfico y como de apoyo argumental.

De escribanos

Muy mala prensa popular tuvieron los escribanos durante siglos. En una sociedad eminentemente campesina, todo trabajo que no fuese el duro faenarío rústico estaba considerado no sólo como excepcional y poco productivo, sino también como oficio de abusos y latrocinios:

*En el cielo hay un racimo
que es para los escribanos.
Como no sube ninguno,
no le falta ningún grano.*

*Labrador y ganadero
fácilmente van al cielo;*

*escribano y mercader
en el infierno han de arder.*

*El gallo con tantas plumas
no se puede mantener;
un escribano con una
mantén hijos y mujer.*

Esta copla tiene una variante que, con algunas otras palabras, viene a decir lo mismo:

*Una pavo real con cien plumas
poco tiene que comer
y un escribano con una
mantiene casa y mujer.*

Escribanos y abogados plicapleitos viven de las rencillas ajenas. Por eso surgen coplas que a la vez que critican la rapacidad de los escribanos advierten también sobre la ruina que supone meterse en pleitos:

*Los abogados son hombres
de profesiones tan raras
que métense por dinero
en camisón de once varas.*

*Sobre un pedazo de huerta
le puse pleito a mi hermano.
Hoy nos odiamos a muerte
y el huerto es del escribano.*

*Un escribano y un gato
se cayeron en un pozo;
como los dos eran gatos,
se arañaban uno al otro.*

El oficio de escribano daba dinero y daba prestancia social. Por eso eran o presumían de caballeros e hidalgos:

*Con la escribanía
gano dinero;
por eso traigo galas
de caballero.*

De los taberneros

Mala fama tuvieron siempre los taberneros. Fama de bautizadores del vino. Pero es que las tabernas y las cantinas fueron un negocio escaso, por los impuestos y por el estricto control de los precios. Los márgenes comerciales eran tan pequeños, a veces casi imperceptibles, que los expendedores del vino se veían obligados a echar agua a sus mercaderías para agrandar sus almacenes, o a medir con cierta sisa los despachos para con ello sacar un pico que les permitiera no sólo beber sino también comer:

*Tabernero, tabernero,
dame vino y no echas agua;
más vale que cante yo
que no que cante la rana.*

*Los curas y taberneros
son de la misma opinión:
cuantos más bautizos hagan
más pesetas al cajón.*

Y una variante con curas y taberneros dentro:

*Los curas y taberneros
son hombres del mismo oficio:
los curas bautizan nenes,
los taberneros el vino.*

Como la taberna a veces era atendida por una mujer, esposa del tabernero o no, a ellas iban dirigidas ciertas burlas y advertencias copleras:

*Tabrnera, mide el vino
por la medida derecha;*

*mira que has de pasar
una puente muy estrecha.*

*Tiene la tabernera,
tras de la puerta,
la pila de bautismo
sin ser iglesia.*

Por eso, Quevedo escribió estas gracias y lamentos:

*Manzanares, Manzanares,
arroyo aprendiz de río,
más agua trae en un jarro
cualquier cuartillo de vino.*

*Agua me falta en el mar
y la encuentro en la taberna,
que mis contentos y el vino
son aguados dondequiera.*

De la molinera

Tampoco tuvieron muy buena prensa los molineros tradicionales. Se les acusaba de excesos en la maquila y de pesos engañosos. Aparte de que, como confesaron algunos, con las barreduras del molino, es decir con las harinas y salvados que se caían de los artilugios de la molienda, alimentaron sus ganaderías y les permitía, por tanto, unos ingresos muy saneados.

Pero las coplas populares, curiosamente, se ceban en la molinera, en la mujer del molinero, que al parecer debía ser presumida y que gustaba de exhibirse con las galas que le permitía el oficio de su marido, al que, encima, tenía un tanto descuidado y sin aliño. Parecen, por tanto, coplas salidas de una cierta envidia mujeril, porque nadie se queja del molinero tramposo sino de la mujer ostentosa que se aprovecha de esos pequeños hurtos del esposo:

*Gasta la molinera
ricos collares,
de la harina que roba
de los costales.*

*Gasta la molinera
ricas pulseras,
de la harina que roba
de las talegas.*

*Las molineras tienen
ricos vestidos
con el trigo que roban
a los vecinos.*

*La molinera tiene
muchos vestidos;
y el pobre molinero,
sin calzoncillos.*

*La molinera viste
corpiño y faldón
y al pobre molinero
le zurce el pantalón.*

Y para remate de fiesta, otra chanza contra la molinera, esta vez no porque se engalane en exceso, sino por comilona:

*El peral del molino
no tiene peras,
que se las ha comido
la molinera.*

Del sacristán

El oficio de sacristán ha sido generalmente un oficio de añadido porque, salvo en parroquias muy ricas y de amplio cabildo, sus haberes eran muy pequeños. Por eso los sacristanes solían compartir esta dedicación con otras profesiones. No obstante, el oficio, más que de soldada, gozaba de ciertos gajes, que siempre venían bien en una economía ajustada. El sacristán solía participar de las ofrendas de pan, tortas y mojicones de algunas celebraciones especiales o individuales. Además recogía parte de los palominos que se criaban en las sobrebóvedas, torres y paneras de las iglesias. Y recibía algunas propinas de la

generosidad de los padrinos en bodas y bautizos y de los familiares en nupcias y entierros.

Estos pequeños emolumentos de que gozaba el sacristán le parecieron siempre al pueblo muy pequeños para dedicación tan engorrosa; y por eso hubo siempre sospechas de que el sacristán se procuraba algunos extras de forma subrepticia:

*Sacristán que vende cera
no teniendo colmenar
o lo roba de la iglesia
o lo quita del altar.*

Copla que tiene una variante una tanto chusca, introduciendo en sus versos unas simulaciones de las salmodias litúrgicas en latín en las que el sacristán participaba:

*Sacristán que vendes cera
y no tienes colmenar;
rapaverum, rapaverum,
cabisquimus del altar.*

Al sacristán, como hombre popular en las parroquias, se le atribuían desviaciones y pecadillos de todo tipo, incluso poniendo en boca de un hijo tales acusaciones:

*Mi padre fue sacristán
e hizo muchas diabluras:
mojaba el pan en aceite
y dejaba al Cristo a oscuras.*

*Mujeres, si vais a misa,
no os pongáis nunca en oscuro,
que el sacristán de este pueblo
dicen que no es muy seguro.*

Y puestos a una crítica bruta, aunque seguramente sin fundamento y sólo con una intención burlesca, duro con el sacristán y, por supuesto, con el cura:

*El cura y el sacristán
andaban a bonetazos,
porque el cura se llevaba
a la sacristana en brazos.*

*Cómo quieres que en ti ponga
una firme voluntad
si eres sobrina de un cura
y nieta de un sacristán.*

De los hidalgos

De tiempos remotos vienen las burlas sobre hidalgos y escuderos, muchos de ellos presuntuosos por descender de familias nobles o hacendadas, pero ellos ya sin hacienda que llevarse a la boca. El titularse hidalgo o escudero suponía una cierta categoría social, que muchas veces no se correspondía con su situación económica. Hay que tener en cuenta que, en tiempos de los mayorazgos, era el primogénito el que heredaba toda o la mayor parte de la fortuna familiar; y por tanto los segundones, el resto de los hijos, debían conformarse con una pequeña dote, que los obligaba o a vivir en ostentosa pobreza o a buscarse la vida en oficios y aventuras, al abrigo, en múltiples ocasiones, de la milicia o de la clerecía.

Estos hidalgos, hijos de algo pero tenentes de muy poco, presumían de estado social y a veces de fortuna que no tenían. Y a ellos dedicó el pueblo no pocos dichos y coplas. La novela picaresca del Siglo de Oro español refleja reiteradamente a esos hidalgos que en ocasiones hasta llegaban a vivir de lo que pedían sus criados, lo que refleja claramente su nula fortuna pero un orgullo de casta que les impedía ejercer de mendigos por pura vergüenza.

Veamos algunas de las coplas más conocidas dedicadas a estos hidalgos:

*Del hidalgo montañés
don Juan Pérez de Quiñones
eran las camisas nones
y no llegaban a tres.*

*El don del señor hidalgo
es el don del algodón,
el cual para tener don
necesita tener algo.*

Para completar someramente esta burlada de los hidalgos pobres, les recuerdo un par de dichos localistas, pero que se han utilizado con referencias universales:

*El escudero de Guadalajara
de lo que dice a la noche
no hay nada a la mañana.*

*Los hidalgos de Ledesma,
el candil seco y de lana la mecha.*

Del matrimonio

El matrimonio, una institución social tan generalizada, tuvo también sus dimes y diretes, dado que siempre se dieron en él algunas irregularidades, y no pocos desencantos y contrariedades. Todas estas cosas, observadas por la sociedad, dieron lugar a ciertas prevenciones contra el matrimonio, también reflejadas en dichos y coplas:

*Dicen que casar, casar,
yo también me casaría,
si la vida de casada
fuese como el primer día.*

*Gustar me gustan morenas,
pero tocante a casarme
mi madre sabe un refrán:
El buey suelto bien se lame.*

*Los matrimonios de algunos
a la Salve los comparo:
Primero vida y dulzura,
después gimiendo y llorando.*

*Yo casar me casaría
por un mes o por un año,
pero por toda la vida...
¡Dios me tenga de su mano!*

*Anda diciendo tu madre
que tienes un olivar;
ese olivar que tú tienes
es que te quieres casar.*

De despechados

En todas las sociedades se dio la figura del despechado, del que no logró el matrimonio con quien quiso o el que fracasó en el matrimonio por desafecto de su pareja:

*Te quiero más que a mi madre
muchas veces me decías;
nunca pude imaginarme
lo poco que me querías.*

Ese despecho hace llegar a situaciones desesperadas, que, lógicamente, si en alguna ocasión fueron reales, la mayoría de las veces son exageraciones retóricas, expresiones tremendistas para causar mayor impacto en el auditorio:

*El día que tú te cases
se harán dos cosas a un tiempo:
primero se hará la boda,
seguido se hará mi entierro.*

*El día que tú te cases
te acompañará la gente
y a mí me acompañarán
cuatro velas solamente.*

*A ti te estarán poniendo
el yugo sobre los hombros
y a mí me estarán echando
la tierra sobre los ojos.*

Casamientos con viejos

No fueron nunca infrecuentes los matrimonios de una mujer más joven con hombre bastante mayor pero con presunta hacienda. Serían, pues, matrimonios interesados, ya que la diferencia de edad es casi una excluyente del amor verdadero. Las coplas que se refieren a este tipo de enlaces están dedicadas a los casos en que la hacienda del viejo o no era la que se presumía o era mucho menor de la que se esperaba, de forma que a la esposa que soñaba una herencia interesante le dura más el viejo achacoso que los caudales de éste:

*Me casé con usted
por dormir en buena cama
y ahora me sale diciendo
que el colchón no tiene lana.*

*Yo caséme con un viejo
por la saya colorada;
la saya rompióse toda
y el viejo nunca se acaba.*

En este otro caso es el viejo, o no tan viejo, el que se lamenta de que el amor de su esposa sólo haya durado lo que duró su dinero:

*Que tu amor y mi dinero
se acabaron al compás;
si más hubiera tenido,
me hubieras querido más.*

De casamiento de viudos

No fueron pocas las burlas y puyas que la vieja sociedad dedicó a los viudos y viudas que se casaban o pretendían casarse. Esas críticas recorren una casuística muy variada, como vemos en este repertorio:

*La mujer que siendo viuda
busca marido a porfía
o es que tiene ganas de algo
o es que tiene mala vida.*

*El cura dijo a Anacleto:
¿Por qué te quieres casar
si ha matado a tres mujeres
y a la cuarta has de enterrar?*

*Un viudo y una viuda
se unieron en matrimonio
y la primera noche juntos
se encontraron al demonio.*

Y, en fin, esta seguidilla, excesivamente satírica, según la cual la viuda no debía tener muchos atractivos y por eso se le adjudican pretendientes menos atractivos aún. Coplilla sin compasión, que alude también al entorno agricultor y ganadero:

*A la viuda Enriqueta
le han pretendido
dos burros y un caballo
para maridos.*

De las suegras

No podían faltar en las coplas las sátiras sobre las suegras, que, como saben, con razón o sin razón, siempre han tenido una cierta mala consideración en la sociedad. Veamos un par de estas coplas contra las suegras, de contenido excesivo, digamos que extremado:

*Cuando mi suegra se muera,
que la entierren boca abajo;
y así, si quiere salir,
se meterá más abajo.*

*Si me caso y tengo suegra
será con la condición
que si al año no se muere
la echaré por el balcón.*

De los frailes

No se escapaban los frailes de las críticas y las ironías de la sociedad. En una sociedad eminentemente campesina siempre se creyó, como antes indicaba, que el que no se dedicaba al campo no trabajaba, que eran personas improductivas y como parásitos de los pueblos y ciudades. Esa sociedad se defendía de otros estamentos sociales inventándose chanzas, burlas y donaires, buscando muchas veces la parcela más hiriente para esos colectivos, como ya hemos visto anteriormente. Así, pues, ciertas coplas pintan a los frailes como glotones, vagos o mujeriegos, vicios que, pudiéndose dar ocasionalmente, no entraban precisamente como habituales, sino todo lo contrario, en las vidas monásticas:

*Siempre cuando muere un fraile
cantando van los demás:
ahora un hermano menos
y ahora una ración más.*

*A la puerta de un convento
me puse a considerar
lo que trabajan los frailes
por no querer trabajar.*

*Me confesé con un fraile
que era bastante tronera;
y me echó de penitencia
que yo mucho le quisiera.*

*Un fraile me pidió un beso
y no se lo quise dar;
porque los besos de fraile
son como huevos sin sal.*

Macedonia crítica

Finalmente, veamos algunas coplas de variada temática, referidas a ciertos oficios y a ciertas constantes sociales; que si en cuanto a los oficiales ya no tienen vigor, en cuanto a los desvíos sociales son perfectamente predicables en la actualidad:

*Las tijeras de los sastres
van diciendo rapa, rapa,
con este y otro pedazo
nos haremos una capa.*

*Un zapatero fue a misa
y no sabía rezar:
preguntaba en los altares
si hay zapatos que arreglar.*

*Cuando tenía dinero
me llamaban don Tomás;
y ahora que no lo tengo
me llaman Tomás, no más.*

*Un hijo pegó a su padre
y Dios le mandó el castigo
que al poco tiempo fue padre
y le pegaron sus hijos.*

Digamos, como resumen, que el mundo de las coplas populares es casi infinito y alude a mil facetas de la sociedad. Como les decía antes, son píldoras versificadas e ingeniosas de las experiencias y también de las imaginaciones de tantos siglos de vida. Con más o menos razón, coplas para quien quiera aprender.